Editorial

La Palabra No. 20 • ISSN 0121-8530
Enero-Junio 2012 • pp. 3-4

La Palabra, una historia en el tiempo

Algún tango, de penumbra y balcón, dice que veinte años no es nada; sin embargo, en la adusta relatividad de los relojes y los calendarios, pueden ser mucho, si se miden con el péndulo de la intensidad.

Hubo a principios de los años 90, un grupo de amigos y colegas, que entre tinto y tinto, para avivar la tertulia, empezó a dialogar sobre arte y literatura, sobre cine y semiótica, sobre pedagogía y cultura, con ánimo desprevenido y sin mayores pretensiones. Nos rotábamos los sitios de reunión, en los propios hábitats de los contertulios; cada encuentro era algo así como una «casa en el aire» para echar a volar los sueños y las experiencias, como docentes y generadores de textos. Susana Porras, cerca del Parque de La República, Liduvina Rojas de Palacios, en Las Nieves, Campo Elías Quintero, en El Maldonado, Miguel AngelAvila, en el Centro, Henry González y Guillermo Bustamante, en el cafetín de profesores, Jorge Eliécer ordóñez, en Las Colinas del norte, acompañados siempre por el humor asordinado de Gilberto AvilaMonguí. Fueron tertulias inolvidables y significativas porque empezaron a generar pensamiento crítico, a través de una rigurosa selección cinematográfica y lecturas señaladas con antelación. Así, Bajtin y Todorov, Borges y Arreola, Jorge Amado y Cortázar, Zuleta y Nietszche, Freud y Van Dijk, dialogaron con nosotros en tardes que hoy tiñen el horizonte con los colores de la más genuina nostalgia. Por consenso acordamos que de cada texto leído, de cada película analizada, de cada proyección de arte visualizada, escribiéramos pequeños ensayos para dar cuenta de nuestros encuentros de amigos. Así, siguiendo inconscientemente la consigna de Ernesto Cardenal: «sin disciplina, ni desorden», generamos espacios de libertad y confrontación intelectual, en torno a los temas académicos cotidianos. Esa fue la prehistoria de la revista La Palabra.

Una tarde, en el cubículo de alguno de nosotros, propusimos juntar los escritos nacidos con aroma de café, agregar otros, de colegas externos a la Uptc, invitar a un artista plástico para las correspondientes ilustraciones, y finalmente, gestionar con la imprenta de nuestra universidad, el diseño e impresión de esta criatura, que por estas calendas, cumple sus primeros veinte años, al servicio de las artes y ciencias del lenguaje. El

número 1 fue financiado por el colectivo ya mencionado, con el compromiso verbal de que a partir del número 2, habría un patrocinio de la entonces llamada Vicerrectoría de Investigaciones. Esta dinámica nos impulsó a viajar por los cuatro puntos cardinales del departamento, en un trabajo de divulgación y extensión universitaria, que arrojó resultados gratificantes. Tuvimos la oportunidad de impulsar el Concurso de Cuento Estudiantil, Jairo Anibal Niño, y la Corporación Literaria Si Mañana Despierto, que por entonces empezaba su labor investigativa. Las fuerzas creadoras de la amistad y el compromiso ético y estético se confabularon para generar un ámbito propositivo: vinieron luego las revistas Cántiga y Ocarina, hermanas menores de La Palabra, el programa radial Ciudad Sumergida, que hoy por hoy cuenta con más de 500 emisiones, así como el descubrimiento de talentos jóvenes en laliteratura y el arte. Al interior de la Escuela de Idiomas se logró que se aceptaran como opciones de trabajos de grado las propuestas en creación literaria, práctica sui-géneris, en nuestro país, con resultados altamente satisfactorios.

Los diez primeros números de La Palabra fueron dirigidos, con rigor y sapiencia, por Guillermo Bustamante, quien fue profesor en estos claustros, por varios años, luego, docente de nuestra hermana gemela, la Universidad Pedagógica Nacional, así como asesor del Ministerio de Educación Nacional y conferencista en diversas universidades del país. Al cerrarse este primer ciclo hubo un corto interregno. La voz oportuna de algunos profesores de la Escuela de Idiomas, hizo que la revista retomara su cauce, esta vez, bajo la dirección del profesor y escritor Hernán Joaquín Fonseca, quien mantuvo la línea de rigor y altura intelectual inherentes a La Palabra, desde su origen. De esta manera,académicos, investigadores, artistas y escritores del medio y otras latitudes, tuvieron un canal para difundir sus creaciones.

Hoy por hoy, en esta especie de cambio generacional que se viene operando en la Uptc, un nuevo colectivo es el responsable de mantener encendida esta hoguera del pensamiento y la reflexión en torno al fenómeno heteróclito del lenguaje. El profesor y escritor Witton Becerra,en un esfuerzo encomiable, ha editado en escaso tiempo, 4 números de La Palabra, con el objetivo de ponerla al día para alcanzar la indexación de Colciencias.

Estas palabras, que hoy envío desde la distancia física y la cercanía espiritual, no pretenden ser más que alborozadas señales de humo a toda la Escuela de Idiomas, para invitarlos a que sigan avanzando,con spíritud´amoreen la construcción permanente de una comunidad académica a la altura de nuestros tiempo, sin olvidar el legado de una tradición excelsa. La Palabra, es un faro, en los arduos e insondables caminos, donde las artes y las ciencias del lenguaje proyectan sus dominios. Gratitud perenne para sus gestores,con los mejores deseos para que su actual director, en consonancia con el Comité Editorial, la mantengan en el sitio de distinción y calidad que ostenta en el presente.

Jorge Eliecer Ordóñez Muñoz